



ANNEXOS



Lamar

ÍNDIX

ANNEX 1: La Declaració dels Drets de la Dona i la Ciutadana	3
ANNEX 2: Discurs a la Societat Fraternal dels Mínims	10
ANNEX 3: Petició de les dones a l'Assemblea Legislativa.	12
ANNEX 4: Sobre la injustícia de les lleis a favor dels homes, a expenses de les dones	13
ANNEX 5: Missatge de les ciutadanes franceses a l'Assemblea Nacional.....	16
ANNEX 6: Sera-t-il Roi, ne le sera-t-il pas?	18
ANNEX 7: Le bon sens du français.....	25

ANNEX 1: La Declaració dels Drets de la Dona i la Ciutadana

Septiembre de 1791

A la Reina

Señora,

Poco hecha al lenguaje que se utiliza con los Reyes, no emplearé la adulación de los Cortesanos para ofreceros esta singular producción. Mi finalidad, Señora, es hablaros con franqueza, no he esperado, para expresarme así, la época de la Libertad: me mostré con la misma energía en un tiempo en el que la ceguera de los Déspotas castigaban una tan noble audacia.

Cuando todo el Imperio os acusaba y os hacía responsable de sus calamidades, únicamente yo, en unos tiempos de disturbios y de tempestades, tuve fuerza para hablar en vuestra defensa. Nunca he podido persuadirme de que una Princesa, educada en el seno de las grandezas, tuviera todos los vicios de la bajeza.

Sí, Señora, cuando vi la espada levantada contra vos, lancé mis observaciones entre aquella espada y la víctima; pero hoy que veo que se observa de cerca la muchedumbre de rebeldes sobornada & que se contiene por el miedo a las leyes, os diré, Señora, lo que entonces no os hubiera dicho.

Si el extranjero entra armado en Francia ya no sois a mis ojos la Reina falsamente inculpada, la Reina interesante, sino una implacable enemiga de los Franceses. ¡Ah! Señora, pensad que sois madre y esposa, emplead toda vuestra autoridad para el regreso de los Príncipes. Esta autoridad, tan sabiamente aplicada, fortalece la corona del padre, la conserva al hijo, y os restablece el amor de los Franceses. Esta digna negociación es el verdadero deber de una Reina. La intriga, la confabulación, los proyectos sanguinarios precipitarían vuestra caída si se pudiera sospechar que sois capaz de semejantes propósitos.

Que una más noble misión, Señora, os caracterice, excite vuestra ambición y atraiga vuestra mirada. Sólo incumbe a aquella que el azar ha elevado a una posición eminente dar importancia al progreso de los Derechos de la Mujer, y acelerar su triunfo. Si tuvierais menos instrucción, Señora, podría temer que vuestros intereses particulares pudieran más que los de vuestro sexo. Amáis la gloria: pensad, Señora, que tanto los mayores crímenes como las mayores virtudes de immortalizan; pero ¡qué diferente celebridad en los fastos de la historia! Éstas se toman constantemente como ejemplo, aquéllos son eternamente la execración del género humano.

Nunca se os culpará por trabajar para la restauración de las costumbres, por dar a vuestro sexo toda la consistencia que les es susceptible. Esta obra no es el trabajo de un día, desgraciadamente para el nuevo régimen. Esta revolución no se llevará a cabo hasta que todas las mujeres estén convencidas de su deplorable destino, & de los derechos que han perdido en la sociedad. Sostened, Señora, una causa tan hermosa; defended este desgraciado sexo, y pronto tendréis a vuestro favor una mitad del reino, y por lo menos el tercio de la otra.

Ved, Señora, vez con qué hazañas debéis distingueros y emplead vuestra autoridad. Creedme, Señora, nuestra vida es muy poca cosa, sobre todo para una Reina, cuando esta vida no está embellecida por el amor de los pueblos, y por los eternos encantos de la beneficencia.

Si es cierto que Franceses arman contra su patria todos los poderes, ¿para qué? Para frívolas prerrogativas, para quimeras. Creed, Señora, si lo juzgo por lo que siento, el partido monárquico

se destruirá a sí mismo, abandonará todos los tiranos, y todos los corazones se unirán alrededor de la patria para defenderla.

Estos son, Señora, estos son mis principios. Hablándoos de mi patria, pierdo de vista la finalidad de esta dedicatoria. Así es como todo buen Ciudadano sacrifica su gloria, sus intereses, cuando no tiene por objeto más que los de su país.

Con el más profundo de los respetos soy, Señora,

Vuestra muy-humilde y muy-obediente servidora,

De Gouges

Los derechos de la mujer

Hombre, ¿eres capaz de ser justo? Es una mujer quien te hace la pregunta; no le quitarás, por lo menos, este derecho. Dime ¿quién te ha dado el soberano poder de oprimir mi sexo? ¿Tu fuerza? ¿Tu talento? Observa al creador en su sabiduría, recorre la naturaleza en toda su grandeza, a la que parece querer aproximarte, y dame, si te atreves, el ejemplo de este poder tiránico.¹ Remóntate hasta los animales, consulta los elementos, estudia los vegetales, echa finalmente una ojeada a todas las modificaciones de la materia organizada; y ríndete a la evidencia cuando te ofrezco los medios; busca, hurga y distingue, si puedes, los sexos en la administración de la naturaleza. Por todas partes los encontrarás confundidos, por todas partes cooperan como un conjunto armonioso en esta obra maestra inmortal.

Sólo el hombre ha tramado un principio de esta excepción. Extravagante, ciego, hinchado de ciencias y degenerado, en este siglo de luces y de sagacidad, en la más crasa de las ignorancias, quiere mandar como un déspota sobre un sexo que ha recibido todas las facultades intelectuales; pretende disfrutar de la revolución y reclamar sus derechos a la igualdad, por no decir nada más.

Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana

A decretar por la Asamblea nacional en sus últimas sesiones o en la de la próxima legislatura.

Preámbulo

Las madres, las hijas, las hermanas, representantes de la nación piden ser constituidas en asamblea nacional. Considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una solemne declaración los derechos naturales, inalienables y sagrados de la mujer a fin de que esta declaración, constantemente presentada a todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes a fin de que los actos del poder de las mujeres y los del poder de los hombres, pudiendo ser comparados a cada momento con la finalidad de toda institución pública, sean así más respetados a fin de que las reclamaciones

¹ Nota de l'autora: De París a Perú, del Japón hasta Roma.
El animal más tonto, según mi opinión, es el hombre.

de las ciudadanas, fundadas desde ahora en principios simples e incontestables, colaboren siempre en el mantenimiento de la constitución, de las buenas costumbres y en la felicidad de todos.

En consecuencia, el sexo superior tanto en belleza como en coraje, en los sufrimientos maternales, reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser supremo, los Derechos siguientes de la Mujer y de la Ciudadana.

Artículo primero

La mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos. Las distinciones sociales sólo pueden estar fundadas en la utilidad común.

II

La finalidad de cualquier asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles de la Mujer y del Hombre: estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y sobre todo la resistencia a la opresión.

III

El principio de cualquier soberanía reside esencialmente en la Nación, que no es más que la reunión de la Mujer y el Hombre: ningún cuerpo, ningún individuo, puede ejercer la autoridad que no emane expresamente de ello.

IV

La libertad y la justicia consisten en devolver todo lo que pertenece a otro; así, el ejercicio de los derechos naturales de la mujer no tiene más límites que la tiranía que el hombre les opone; estos límites deben ser reformados por las leyes de la naturaleza y de la razón.

V

Las leyes de la naturaleza y de la razón prohíben todas las acciones perjudiciales para la sociedad: todo lo que no está prohibido por estas leyes, sabias y divinas, no puede ser impedido, y nadie puede estar obligado a hacer lo que no ordenan.

VI

La Ley debe ser la expresión de la voluntad general; todas las Ciudadanas y Ciudadanos deben contribuir, personalmente o por medio de sus representantes, a su formación; deber ser la misma para todos: siendo todas las ciudadanas y ciudadanos iguales ante sus ojos, deben ser igualmente admisibles en todas las dignidades, lugares y empleos públicos, según sus capacidades & sin otras distinciones que las de sus virtudes y su talento.

VII

No se exceptúa ninguna mujer; la mujer es acusada, arrestada, & detenida en los casos determinados por la Ley. Las mujeres obedecen como los hombres esta rigurosa Ley.

VIII

La ley no debe establecer más que penas estrictas & evidentemente necesarias, & nadie puede ser castigado más que en virtud de una Ley establecida y promulgada anteriormente a su delito y legalmente aplicada a las mujeres.

IX

Cuando una mujer ha sido declarada culpable, todo el rigor es ejercido por la Ley.

X

Nadie debe ser hostigado por sus opiniones incluso fundamentales, la mujer tiene derecho a subir al cadalso; debe tener igualmente el de subir a la Tribuna; siempre que sus manifestaciones no perturben el orden público establecido por la Ley.

XI

La libre comunicación de las ideas y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos de la mujer puesto que esta libertad asegura la legitimidad de los padres respecto de los hijos. Toda ciudadana puede, pues, decir libremente: soy la madre de un hijo que os pertenece, sin que un prejuicio bárbaro la fuere a disimular la verdad; salvo para responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la Ley.

XII

La garantía de los derechos de la mujer y de la ciudadana necesita una mayor utilidad; esta garantía debe ser instituida para la mejora de todo & no para la utilidad particular de aquéllas a quienes les es confiada.

XIII

Para el mantenimiento de la fuerza pública, & para los gastos de administración, las contribuciones de la mujer y del hombre son iguales; ella participa en todas las cargas, en todos los trabajos penosos; debe, pues, participar asimismo en la distribución de los puestos, los empleos, los cargos, las dignidades y la industria.

XIV

Las Ciudadanas y Ciudadanos tienen el derecho de constatar por sí mismos, o por medio de sus representantes, la necesidad de la contribución pública. Las Ciudadanas sólo pueden adherirse admitiendo un reparto igual, no sólo en la fortuna, sino además en la administración pública y la determinación de la cuota, la base, la recaudación y la duración del impuesto.

XV

La masa de las mujeres, coligada por la contribución con la de los hombres, tiene el derecho de pedir cuentas a todo agente público de su administración.

XVI

Toda sociedad en la que la garantía de los derechos no está asegurada, ni la separación de los poderes determinada, no tiene constitución; la constitución es nula si la mayoría de los individuos que componen la Nación no ha cooperado en su redacción.

XVIII

Las propiedades son para todos los sexos reunidos o separados; tienen, para cada uno, un derecho inviolable y sagrado; nadie puede verse privado en tanto que verdadero patrimonio de la naturaleza, a no ser que la necesidad pública, legalmente constatada, lo exija de modo evidente y con la condición de una justa y anterior indemnización.

Epílogo

Mujer, despiértate; el rebato de la razón se hace oír en todo el universo; reconoce tus derechos. El poderoso imperio de la naturaleza ya no está rodeado de prejuicios, de fanatismo, de superstición y de mentiras. La antorcha de la verdad ha disipado todas las nubes de la necesidad y de la usurpación. El hombre esclavo ha multiplicado sus fuerzas, ha necesitado recurrir a las tuyas para romper sus cadenas. Una vez libre, se ha vuelto injusto con su compañera. ¡Oh, mujeres! Mujeres, ¿cuándo dejaréis de estar ciegas? ¿cuáles son las ventajas que habéis recogido en la revolución? Un deprecio más marcado, un desdén más señalado. En los siglos de corrupción sólo habéis reinado sobre la debilidad de los hombres. Vuestro imperio se ha destruido; ¿qué os queda? La convicción de las injusticias del hombre. La reclamación de vuestro patrimonio, fundada sobre los sabios decretos de la naturaleza; ¿qué podríais temer por una tan hermosa causa? ¿la buena palabra del Legislador de las bodas de Caná? ¿Teméis que nuestros Legisladores Franceses, correctores de esta moral, largo tiempo colgada de las ramas de la política, pero ya no está de moda, os repitan: mujeres qué tenemos en común vosotras y nosotros? Todo, podríais responder. Si se obstinaban en su debilidad, a colocar esta inconsecuencia en contradicción con sus principios, oponed valerosamente la fuerza de la razón a las vanas pretensiones de superioridad; reuníos bajo los estandartes de la filosofía; desplegad toda la energía de vuestro carácter, y pronto veréis estos orgullosos, ya no serviles adoradores rampantes a vuestros pies, sino orgullosos de compartir con vosotras los tesoros del Ser-Supremo. Cualesquiera que sean las barreras que os opongan, está en vuestro poder el

franquearlas; os basta con quererlo. Pasemos ahora al horrible cuadro de lo que habéis sido en la sociedad; & puesto que en este momento se trata de una educación nacional, veamos si nuestros sabios Legisladores pensarán sanamente en la educación de las mujeres.

Las mujeres han hecho más mal que bien. La coacción y el disimulo han sido su patrimonio. Lo que la fuerza les habría arrebatado, la astucia se lo ha devuelto; han recurrido a todos los recursos de sus encantos y lo más irreprochable no se les resistía. El veneno, las armas, todo les estaba sometido; mandaban tanto en el crimen como en la virtud. El gobierno francés, sobre todo, ha dependido durante siglos de la administración nocturna de las mujeres; el excusado no tenía ningún secreto para su indiscreción; embajada, mando, ministerio, presidencia, pontificado ², cardenalato; en fin todo lo que caracteriza la necedad de los hombres, profano y sagrado, todo ha sido sometido a la codicia y a la ambición de este sexo antiguamente despreciable y respetado, y desde la revolución respetable y despreciado.

En esta especie de antítesis, ¡cuántas observaciones puedo ofrecer!, sólo tengo un momento para hacerlas, pero este momento tendrá la atención de la posteridad más remota. Bajo el antiguo régimen, todo era viciosos, todo era culpable; pero ¿no podría apercibirse la mejora de las cosas en la substancia misma de los vicios? Una mujer sólo debía ocuparse de ser bella o amable; cuando poseía estas dos ventajas, veía cien fortunas a sus pies. Si no las aprovechaba, tenía un carácter extravagante, o una filosofía poco corriente que la llevaba al rechazo de las riquezas; entonces era únicamente considerada obstinada; la más indecente se hacía respetar con oro; el comercio de las mujeres era una especie de industria recibida en la primera clase, que desde ahora no tendrá ya crédito. Si todavía lo tuviera, la revolución estaría perdida, y bajo nuevas relaciones estaríamos siempre corrompidos; sin embargo ¿puede la razón disimular que cualquier otro camino hacia la fortuna está cerrado para la mujer que el hombre compra como al esclavo en las costas de África? La diferencia es grande, lo sabemos. La esclava manda al amo: pero si el amo le da la libertad sin recompensa y a una edad en la que la esclava ha perdido todos sus encantos ¿qué será de esta infortunada? El juguete del desprecio; incluso las puertas de la beneficencia le serán cerradas; es pobre y vieja, dicen; ¿por qué no ha sabido hacer fortuna? Otros ejemplos todavía más conmovedores se ofrecen a la razón. Una joven sin experiencia, seducida por un hombre a quien ella ama, abandonará a sus padres para seguirle; el ingrato la dejará después de algunos años, y cuanto más habrá envejecido con él, más su inconstancia será inhumana; si tiene hijos, también la abandonará. Si es rico, se creará dispensado de compartir su fortuna con sus nobles víctimas. Si algún compromiso lo liga a sus deberes, violará la potestad esperándolo todo de las leyes. Si está casado, cualquier otro compromiso pierde sus derechos. ¿Qué leyes quedan, pues, por hacer para extirpar el vicio hasta en las raíces? La ley de la partición de las fortunas entre los hombres y las mujeres, la ley de la administración pública. Fácilmente se concibe que aquéllas que han nacido en una familia tica ganen bastante con la igualdad de las particiones. Pero aquélla que ha nacido en una familia pobre, con méritos y con virtudes ¿cuál es su suerte? La pobreza y el oprobio. Si no destaca precisamente ni en música ni en pintura, no puede ser admitida en ninguna función pública, cuando ella tendría toda la capacidad para ello. No quiero dar más que una idea general de las cosas, las profundizaré en una nueva edición de todas mis obras políticas que me propongo dar al público dentro de algunos días, con notas.

Retorno a mi texto en lo referente a las costumbres. El matrimonio es la tumba de la confianza & del amor. La mujer casada puede dar impunemente hijos bastardos a su marido y la fortuna

² Nota de l'autora: M. de Bernis, de la mano de Mme. De Pompadour.

que no les pertenece. La que no lo es, no tiene más que un derecho endeble: las leyes antiguas e inhumanas le impedían el derecho al nombre & los bienes de su padre para sus hijos, y no se han hecho nuevas leyes sobre esta materia. Si intentar dar a mi sexo una consistencia honorable y justa, es considerado en este momento una paradoja por mi parte, y como intentar lo imposible, dejo a los hombres que vendrán la gloria de tratar esta materia; pero en la espera podemos prepararla por medio de la educación nacional, la restauración de las costumbres y las convenciones conyugales.

ANNEX 2: Discurs a la Societat Fraternal dels Mínims

25 de marzo de 1792

Discurso pronunciado en la Sociedad Fraternal de los Mínimos el 25 de marzo de 1792, cuarto año de la libertad, por la Señorita Théroigne, presentado una bandera a las ciudadanas del Faubourg St. Anotine.

Ciudadanas,

Aunque hayamos obtenido victoria, un Tirano haya muerto, un Ministro prevaricador será acusado de alta traición & aunque la Asamblea Nacional muestre una energía que reanime la esperanza de los Amigos de la Patria, a pesar de todo continuamos estando en peligro. Sin entrar a este respecto, en los detalles que conocéis, os repetiré solamente lo que creo que no puede estar muy presente en vuestro recuerdo, para invitaros a reflexionar seriamente sobre nuestra situación; a no perder de vista que las antorchas de la guerra civil están dispuestas a encenderse; que el estandarte de la contrarrevolución está enarbolados en varias partes del Imperio; que es visible que, en todas partes, pero particularmente en París, facinerosos a sueldo tienen un plan de división intestina que siguen con la mayor actividad a fin de preparar facciones que serán siempre funestas para la libertad, si vuestra vigilancia no desbarata las tramas criminales urdidas por nuestros enemigos.

Ciudadanas, no olvidemos que nos debemos por entero a la Patria; que corresponde a nuestro más sagrado deber estrechar entre nosotras los lazos de la unión, de la confraternidad & propagar los principios de una tranquila energía con el fin de prepararnos con tanta sabiduría como coraje para rechazar los ataques de nuestros enemigos.

Ciudadanas, podemos romper el hilo de estas intrigas con una generosa dedicación. Armémonos; tenemos derecho a ello por la naturaleza & incluso por la ley; mostremos a los hombres que no somos inferiores a ellos ni en virtudes ni en coraje; mostremos a Europa que las Francesas conocen sus derechos & están a la altura de las luces del siglo dieciocho; despreciando los prejuicios que por el sólo hecho que sean prejuicios son absurdos, a menudo inmorales porque hacen de nuestras virtudes un crimen.

Las tentativas que el poder ejecutivo pueda hacer después para volver a obtener la confianza pública no serán más que trampas de las que debemos desconfiar: en tanto que nuestras costumbres no estén de acuerdo con nuestras leyes, aquél no perderá la esperanza de aprovechar nuestros vicios para volvernos a encadenar. Es muy simple & incluso debéis esperarlo, van a poner en la avanzadilla a los acosadores, los folicularios a sueldo para intentar retenernos empleando las almas débiles. Pero, Francesas, actualmente que los progresos de las luces os invitan a reflexionar comparad lo que somos con lo que deberíamos ser en el orden social. Para conocer nuestras leyes & nuestros deberes, hay que tener la razón por árbitro & guiadas por ella, distinguiremos lo justo de lo injusto. ¿Cuál sería, pues, la consideración que podría retenernos, impedirnos de hacer el bien cuando es evidente que podemos & debemos? Nos armaremos porque es razonable que nos preparemos para defender nuestros derechos, nuestros hogares & porque seríamos injustas en lo que respecta a nosotras & responsables con la Patria, si la pusilanimidad que hemos aprendido en la esclavitud tuviera todavía ascendente suficiente para impedirnos doblar nuestras fuerzas. Desde cualquier aspecto, no podéis dudar que el ejemplo de nuestra dedicación no despierte en el alma de los hombres las virtudes

públicas, las pasiones devoradoras del amor a la gloria & a la Patria. Mantendremos así la libertad por medio de la emulación & la perfección social resultante de esta feliz concurrencia.

Francesas, os lo vuelvo a repetir, elevémonos a la altura de nuestros destinos, rompamos los hierros, es ya el momento que la Mujeres salgan de su vergonzosa nulidad, donde la ignorancia de los hombres las tienen sojuzgadas desde hace tanto tiempo; situémonos en los tiempos en los que nuestras Madres, las Galas & las orgullosas Germanas deliberaban en las Asambleas públicas, combatían al lado de sus Esposos para rechazar los enemigos de la Libertad. Francesas, la misma sangre continúa corriendo por nuestras venas, lo que hicimos en Beauvais, en Versailles, el 5 & el 6 de octubre, & en otras circunstancias importantes magnánimos. Retomemos, pues, nuestra energía; pues, si queremos conservar nuestra Libertad, tenemos que prepararnos para hacer las cosas más sublimes. En el momento actual, a causa de la corrupción de las costumbres, nos parecerán extraordinarias, quizás incluso imposibles, pero pronto por el efecto de los progresos del espíritu público & de las luces, ya no serán más que sencillas & fáciles.

Ciudadanas, ¿por qué no empezar a concurrir con los hombres? ¿Pretenden ellos solos tener derechos en la gloria?; no, no... Y también nosotras queremos merecer una corona cívica & pretender morir por una libertad que nos es quizás más querida que a ellos, puesto que los efectos del despotismo se hacían todavía más pesados sobre nuestras cabezas sobre las suyas.

Si... generosas Ciudadanas, todas las que me oís, armémonos, vayamos a ejercitarnos dos o tres veces por semana a los Campos Elíseos, o al Campo de la Federación; abramos una lista de Amazonas Francesas, & que todas las que de verdad aman a su Patria vengan a inscribirse; nos reuniremos después para ponernos de acuerdo en la manera de organizar un Batallón a semejanza del de los alumnos de la Patria, de los Viejos o del Batallón sagrado de Tebas. Al acabar, que me sea permitido ofrecer un Estandarte tricolor a las Ciudadanas del faubourg Saint-Antonie.

Nota. La primera Asamblea de las Ciudadanas tendrá lugar el lunes 2 de abril a las cinco de la tarde en el local de la Sociedad fraternal de los Mínimos, en la Plaza Real.

ANNEX 3: Petició de les dones a l'Assemblea Legislativa.

Acta de la Asamblea

Después del discurso de Etta Palm d'Aelders

1 de abril de 1792

La hasta ahora baronesa de Aelders, holandesa, acompañada de algunas otras damas es admitida a la barra. Después de un largo elogio de las virtudes femeninas, después de haber sostenido que las mujeres igualan a los hombres en coraje, talento y los sobrepasan casi siempre en imaginación, ruega a la Asamblea que considere el estado envilecimiento en el que se encuentran reducidas las mujeres por lo que se refiere a los derechos políticos y reclama para ellas poder disfrutar plenamente de los derechos naturales de los que han sido privadas por una larga opresión. Para llegar a esta meta pide que las mujeres sean admitidas en los empleos civiles y militares y que la educación de las jóvenes se funde en las mismas bases que la de los hombres. Las mujeres han compartido los peligros de la Revolución ¿por qué no han de participar de sus ventajas? Los hombres son al fin libres y las mujeres son esclavas de mil prejuicios. Piden pues: 1. que la Asamblea nacional conceda una educación moral y nacional a las chicas, 2. que sean declaradas mayores de edad a los 21 años, 3. que la libertad política y la igualdad de los derechos sean comunes a los dos sexos, 4. que el divorcio sea decretado.

El Señor Presidente responde a las peticiones que la Asamblea evitará en las leyes que esté encargada de redactar todo lo que pueda provocar sus quejas y sus lágrimas y les concede los honores de la sesión.

(La Asamblea envía la petición a los Comités de legislación y de instrucción pública reunidos.)

ANNEX 4: Sobre la injusticia de las leyes a favor de los hombres, a expensas de las mujeres

Sobre la injusticia de las Leyes a favor de los Hombres, a expensas de las Mujeres, leído en la Asamblea Federativa de los Amigos de la Verdad, el 30 de diciembre de 1790.

Señores,

Puesto que me permitís defender mi sexo, empiezo por solicitar su indulgencia si mis luces y mis miedos no responden a la tarea que me he propuesto y a lo que podría esperarse de la justicia de su causa; y a vosotros, Señores, os pido que consideréis que soy mujer, nacida y criada en un país extranjero. Si la construcción de mis frases no sigue las reglas de la Academia Francesa, es porque he consultado más mi corazón que el Diccionario de la Academia.

Señores,

Habéis admitido mi sexo en la asociación patriótica de los Amigos de la Verdad; es un primer paso hacia la justicia; los augustos representantes de esta feliz nación acaban de aplaudir el intrépido coraje de las Amazonas en uno de vuestros departamentos y les permiten formar un cuerpo para la defensa de la patria. Es un choque contra los prejuicios con los que han envuelto nuestra existencia; es un golpe violento lanzado contra el más difícil de arrancar de todos los despotismos.

No seáis, pues, justos a medias, Señores: habéis querido, y enseguida los muros de las orgullosas fortalezas, que eran la humillación y el aprobio de los Franceses, se han derrumbado con estrépito; destruid igualmente las murallas de los prejuicios, quizás más peligrosos porque son más nocivos para la felicidad general. La justicia debe ser la primera virtud de los hombres libres, y la justicia exige que las leyes sean comunes a todos los seres, como el sol y el aire; y, sin embargo, por todas partes las leyes están a favor de los hombres y a expensas de las mujeres, porque por todas partes el poder está en vuestras manos. ¡Cómo!, hombres libres, un pueblo ilustrado ¿consagrarían, en un siglo de luces y de filosofía, lo que ha sido el abuso de la fuerza en un siglo de ignorancia?

Sed justos con nosotras, Señores; vosotros a quienes la naturaleza creó muy superiores en fuerza física; habéis guardado para toda la facilidad del vicio, mientras que nosotras, que tenemos una existencia tan frágil, cuya suma de males es enorme, vosotros nos habéis dado la dificultad de la virtud en suerte; y esta formación delicada de la naturaleza ha gravado más profundamente vuestra injusticia, porque en vez de suplirla por la educación y por leyes a favor nuestro, parece que únicamente se nos forma para vuestros placeres mientras que, ¡cuán agradable, cuán fácil sería asociarnos a vuestra gloria!

Los prejuicios con los que se ha rodeado nuestro sexo, apoyados sobre leyes injustas que sólo nos conceden una existencia secundaria en la sociedad, y nos fuerzan a menuda a la humillante necesidad de vencer un desabrido o feroz carácter de un hombre que, convertido en dueño por la codicia de nuestros próximos, ha hecho cambiar el más dulce, el más santo de los deberes para nosotras, el de esposa y madre, en una penosa y horrible esclavitud. Sí, Señores, nada hay más humillante que exigir como un derecho, lo que sería glorioso obtener por elección; sorprender, con mañas, lo que es tan agradable deber sólo al sentimiento; ganar vuestro

corazón, vuestra mano, la unión a un compañero para la vida, a otro nosotras-mismas, mediante lo que no somos nosotras, por una sumisión ciega a la voluntad de nuestros padres, y hacer un estudio particular de la coquetería, para suavizar nuestro cautiverio: Señores, hay que decirlo, muy a menudo son zalamerías, naderías, los enseres del tocador, casi he dicho, incluso vicios, los que nos logran vuestros sufragios y logran que nos prefiráis a un alma elevada, a un gran genio, a un corazón realmente sensible, pero delicado y virtuoso.

¡Eh!, ¡puede haber algo más injusto! Nuestra vida, nuestra libertad, nuestra fortuna, no nos pertenecen; al salir de la infancia, entregada a un déspota a quien, a menudo, el corazón rechaza, los más hermosos días de nuestra vida transcurren entre los gemidos y las lágrimas, mientras que vuestra fortuna se convierte en la presa del fraude y del desenfreno. ¡Eh!, ¿acaso no vemos diariamente a ciudadanos honrados, padres de familia, arrastrados a las cloacas infectas, abundantes en la capital, ebrios de vino y de desenfreno, olvidar que son esposos y padres, y sacrificar en holocaustos, en el altar de la infamia, las lágrimas de una esposa virtuosa, la fortuna y la existencia de aquellos que les deben la vida?

¡Ah!, Señores, si queréis que demos nuestro celo por la feliz constitución que devuelve a los hombres sus derechos, empezad por ser justos con nosotras; que de ahora en adelante seamos vuestras voluntarias compañeras y no vuestras esclavas. ¡Que nos sea posible merecer vuestro cariño! ¿creéis que desear éxitos nos es menos apropiado, que el buen hombre nos es menos querido que a vosotros? Y si la dedicación al estudio, si el celo patriótico, si la propia virtud que se apoya tan a menudo en el amor a la gloria, nos son naturales como a vosotros, ¿por qué no se nos otorgaría el derecho a la misma educación y los mismos medios para adquirirlas?

No os hablaré, Señores, de los hombres inicuos que pretenden que nada puede dispensarnos de una eterna subordinación. ¿No es tan absurdo como si se hubiera dicho a los Franceses el 15 de julio de 1789: Olvidad vuestras justas reclamaciones; habéis nacido para la esclavitud; nada puede dispensaros de obedecer eternamente una voluntad arbitraria?

Habéis cogido las armas, Señores, y enseguida la hidra de la tiranía atemorizada se ha retirado al fondo de su caverna, donde ya no espera más que un último golpe para expirar. Señores, para romper las cadenas ignominiosas que nos agobian no creemos necesitar, ante vosotros, más que las armas que la naturaleza nos ha dado, el talento, el mérito, la virtud y es misma debilidad que hace nuestra fuerza y que tan a menudo nos permite triunfar sobre nuestros soberbios dueños.

Sí, Señores, la naturaleza nos ha creado para ser las compañeras de vuestros trabajos y de vuestra gloria. Si os otorgó un brazo más vigoroso, nos hizo vuestras iguales en fuerza moral, y superiores, quizás, por la vivacidad de la imaginación, por la delicadeza de los sentimientos, por la resignación en los reveses, por la firmeza de los dolores, la paciencia en los sufrimientos, finalmente en la generosidad de alma y celo patriótico; y si estas cualidades naturales fueran fortalecidas por una educación cuidada, por el estímulo de vuestros sufragios, por recompensas públicas, no temo decirlo, nuestro sexo sobrepasaría a menudo el vuestro; ¿acaso la educación y la filosofía no habían elevado el alma de la ilustre hija de Catón por encima de los hombres de su siglo? Y sin las virtudes cívicas de la madre de Coriolano, ¿acaso Roma no hubiera sido saqueada por los Volscos? El intrépido coraje de las mujeres ¿acaso no sobrepasaba el de los hombres en la batalla de Salamina? ¿Qué hombre ha mostrado más constancia en los reveses que la madre de los Gracos, la ilustre Cornelia, la maravilla de Roma? Y ¿no fue la mujer de Petus quien se atrevió a hundir el puñal en su pecho inocente, para inspirarle el valor de prevenir una muerte vergonzosa? Y ¿a cuántas mujeres hemos visto vencer tan pueril educación, hecha más

para las esclavas de un serrallo que para compañeras de hombres libres? El largo reinado de Isabel, ¿no fue un prodigio de actividad política? La doncella de Orleáns, ¿no fue un prodigio de coraje? Y Catalina segunda, pese a toda su perversidad, ¿no es todavía el asombro de Europa?

Pero ¿para qué buscar tan lejos cuando tenemos ejemplos entre nosotras? Las ciudadanas francesas, vuestras esposas, vuestras hermanas y vuestras madres, Señores, ¿no han dado al universo un ejemplo sublime de patriotismo, de coraje y de virtudes cívicas? ¿No se apresuraron a sacrificar sus joyas porque la patria lo necesitaba? Y el ardor heroico con que sus manos delicadas han compartido vuestros penosos trabajos en el campo de la confederación; ¿han escatimado esfuerzos para formar el altar de la patria que ha recibido el juramento de consolida la libertad, la igualdad, la felicidad de no ser más que un pueblo fraternal?

Sí, Señores, ellas son las que animan todos los días vuestro coraje para perseverar y combatir sin tregua a los enemigos de vuestra libertad. Ellas son las que graban en el alma de vuestros queridos hijos las palabras recogidas de los labios moribundos de las víctimas de la Patria: Vivir libre o morir.

Que nuestra santa revolución, que debemos al progreso de la filosofía, opere una segunda revolución en nuestras costumbres: que el aparato de la severidad, tan desequilibrado contra nosotras y que la verdadera filosofía condena, ceda el paso a la ley suave, justa y natural; que vuestro amor, vuestra amistad, vuestros sufragios sean desde hoy la recompensa de las ciudadanas virtuosas; que coronas cívicas substituyan sobre estas interesantes cabezas a los miserables pompones, símbolos de la frivolidad y signos vergonzosos de nuestra servidumbre.

ANNEX 5: Missatge de les ciutadanes franceses a l'Assemblea Nacional

12 de junio de 1791

Señores,

Las cadenas de los Franceses han sucumbido con estrépito, el estadillo de su caída ha hecho palidecer a los déspotas y estremecido sus tronos; Europa, sorprendida, ha fijado su atenta mirada en la estrella que ilumina Francia y en el augusto senado que representa un pueblo que a la voluntad de ser libre añade el amor de ser justo.

Sí, señor, vosotros habéis roto el cetro de bronce para poner en su lugar el olivo, habéis jurado proteger al débil; es vuestro deber, es vuestro honor, es de vuestro interés destruir hasta su origen estas leyes góticas que abandonaron a la más débil, pero más interesante, mitad de la humanidad a una existencia humillante, a una eterna esclavitud.

Habéis devuelto al hombre la dignidad de su ser, reconociendo sus derechos, no dejaréis gemir por más tiempo a las mujeres bajo una autoridad arbitraria, eso sería invertir los principios fundamentales sobre los que reposa el edificio majestuoso que estáis construyendo con vuestros infatigables trabajos para la felicidad de los Franceses; ya no es tiempo de tergiversar: la filosofía ha sacado la luz de las tinieblas: ha llegado la hora: la justicia, hermana de la libertad, la llama a la igualdad de los derechos de todos los individuos, sin diferencia de sexo, las leyes de un pueblo libre deben ser iguales para todos los seres, como el aire y el sol. Demasiado tiempo, por desgracia, los derechos imprescriptibles de la naturaleza han sido ignorados; demasiado tiempo leyes extrañas, digno producto de los siglos de ignorancia, han afligido la humanidad; demasiado tiempo, en fin, la más odiosa tiranía ha estado consagrada por leyes absurdas.

Pero, Señores, el artículo XIII del código de policía, que os ha sido presentado por el comité de constitución, sobrepasa todo lo más injusto que ha sido hecho durante los siglos bárbaros: es un refinamiento del despotismo para hacer odiosa la constitución al sexo, y por la degradación de nuestra existencia, halagando vuestro amor propio, adormeceros en brazos de una esclava, y de este modo debilitar vuestra energía, para mejor remachar vuestras cadenas.

Augustos legisladores, ¿cargaréis de cadenas las manos que con tanto ardor os han ayudado a construir el altar de la patria? ¿Haréis esclavas a aquéllas que han contribuido con celo a haceros libres? ¿Estamparéis una deshonra en la frente de una Cléile, de una Véturie, de una Cornélie? No, no la autoridad conyugal sólo debe ser la consecuencia del pacto social. Corresponde a la sabiduría de la legislación; es de interés general establecer una balanza entre el despotismo y la licencia; pero los poderes del esposo y de la esposa deben ser iguales e individuales. Las leyes no pueden establecer ninguna diferencia entre estas dos autoridades; deben igual protección y mantener un equilibrio entre los dos esposos. ¿No sería injusto consagrar al esposo toda la facilidad del vicio, mientras que, a la esposa, cuya existencia es frágil y sometida a males sin fin, le tocaría en suerte toda la dificultad de la virtud?

Padres de la patria, no mancilléis vuestra obra inmortal con una mancha tan discordante: os hace falta un código moral, sin duda, pero las costumbres son obra del tiempo y de la educación; no se ordenan; la licencia es consecuencia natural del régimen opresor de la indisolubilidad del matrimonio y de la educación insípida y exasperante de los claustros, guaridas de ignorancia y de fanatismo que, en vuestra sabiduría, habéis destruido; redondearéis vuestra obra otorgando a las jóvenes una educación moral, igual a la de sus hermanos-, pues la educación es al alma lo

que el rocío es a las plantas; la fecunda, la abre, la fortifica y conduce el germen generador de las virtudes y del talento hasta la perfecta maduración.

Representantes de la nación, en nombre de vuestro honor, en nombre de la santa libertad, rehaced el código injusto e impolítico; sería la manzana de la discordia en las familias, la tumba de la libertad: la coacción ofende al alma; el esclavo sólo sueña en romper sus cadenas, en vengarse de la servidumbre: sin duda el comité, para presentaros este artículo odioso, había consultado los teólogos y no los filósofos. ¡Ah! consultad únicamente vuestro corazón, os instruirá mejor que las máximas de los jurisconsultos de siglos pasados, esos hombres disculpados durante el despotismo, que consideran la avidez de su alma un efecto de la virtud. La naturaleza nos hizo para vuestras iguales, vuestras compañeras y vuestras amigas: somos el soporte de vuestra infancia, la felicidad de la edad madura y el consuelo de vuestra vejez; títulos consagrados a vuestro reconocimiento.

ANNEX 6: Sera-t-il Roi, ne le sera-t-il pas?

Hippocrates says yes, Galen says no.

WILL WE ACCEPT a Republican Government, will we replace the King on the Throne, will we name a Regent? Opinions are divided and these three Parties rush headlong; the fourth, only wanting the good of the Motherland has no voice and finds itself the weakest: it wavers between the three choices but believes the wisest one is that of mediation. The best system has not yet appeared: only the one that I will present to our Legislators can ensure an imperturbable well-being. We find ourselves in painful circumstances; I believe it [my system] is necessary, and indispensable, and I am proud to make it known:

GENTLEMEN

It seems to me that no idea has yet been made known to you that is in keeping with the wisdom that you seek to embrace concerning the essential affair that agitates France and interests Europe.

I am not M. Brissot de Varville, I am merely a simple woman Citizen of no consequence but of irreproachable patriotism.

If you want the confidence that belongs to a great Nation to be given back to the King then it is vital that the Monarch recognises the source of the vice that has spoilt his heart and mind. I cannot dissimulate my opinion and I would still hold to it even if it were to be condemned by the three opposed Parties. I have reason on my side and the interests of my endangered Motherland; boldly, I will defend it here, in front of everyone: I am a Royalist, yes Gentlemen, but a Patriotic Royalist, a Constitutional Royalist, and when I sensed the danger to the King, from these three Parties, and [wrote] in my Séance Royale that he should resign his Crown I saw the two factions rise up against me, against my works, crying out 'what extravagance', 'what madness', 'what audacity'. Such was my spirit and foresight! So, Gentlemen, you neither decreed, nor were capable of foreseeing, who you would choose as Regent to the heir presumptive; if you had, the Nation, in its wisdom, would have made a choice worthy of itself. The King, abandoning the reins of State power and putting himself beyond the reach of enticements, would have confounded the enemies of the Motherland, and elevated himself beyond the Throne; the Nation, touched by this gesture, would have given the Monarch the indispensable power required of a King of France.

Poor King! What has become of you? What have you done?

The lowest citizen was more master of himself than you. Continual vexations may well have led you to lose the equilibrium of your virtue, so long sustained through storms and factions, but your action is one of a hypocrite or liar. If I judge you as a King accountable to the Nation then your departure was a crime; if I judge you as a man who has been seduced, you were unable to withstand the perfidious poison. Who is the man who can say I will never once err in my life? But a King, you will object, should never err. To condemn is easy ... but to be perfect? Never has mankind shown so little perfection than in this time of enlightenment and philosophy. Gentlemen do not think that my aim is to justify the King: I am not a Brissot de Varville, I do not waver in my opinion, something that seems to be becoming generally acceptable at a time when discord creates hotheads and subjugates reason. I nonetheless condemn the actions of the King, it is appalling in all its secrecy, and washing my hands of it I had promised myself to keep quiet about this affair but how can I remain silent when I see my Motherland overturned, allegedly to save her.

Take a close look at the projects put forward by the three Parties, and on the efforts of the emigrants to unite with the foreign Powers, and pronounce without shuddering, if you can, on the fate of the King. I pity you, true friends of the public good, for our cruellest enemies surround us on all sides. This is how I will utter the truth even though I may become one of its chief victims: my genius is ordinary, my talent is mediocre, but I saw, long ago, how things would be; one day perhaps, with my works in their hands, people will cite my prophecies. May my final observations disarm the unkind and convince the fair-minded! My writing related to the King, let me take it up again.

If a true Patriotic Party in the National Assembly can get the better of the troublemakers then it must name a Deputation of its Members and make it responsible for proposing what follows to the King.

Sire, it took only a day for your People to bestow their love upon you; that day was the one of your accession to the Throne. This love has been sustained for sixteen years. You received unequivocal proof of this at a time when, surrounded by a dissolute court, there resounded through your Palace the despair and the general discontent of the French; you learnt from this that the power of a King is nothing if it is not the product of a higher power, one sustained by the confidence of the People.

Throughout the storm the French have respected their King, I'll say more, they have adored him anew. It is true that the seditious created some, inevitable, hostility, those unavoidable consequences of great revolutions; the majority of the Kingdom was devoted to you, tied to you with indissoluble bonds, yet instigators of the darkest action encouraged you to break them. One day sufficed for you to lose this love, it was the day you left. But trust, Sire, that this love is not altogether extinguished in all hearts if, by reclaiming your virtue, you can guarantee the purity of your intentions. Now is the time for solemn proof: the circumstances, the events, are guiding men who are changing Governments according to their lights; you must submit to these laws that are stronger than empty prejudice, you must change the spirit of your Court, totally reform your household, as well as that of the Queen, of Madame Royale, of Madame Elizabeth and regenerate, like the Constitution, this gangrenous Court by putting patriotic erstwhile Noble families and men and women Citizens, equally known for their patriotism, in place of the Aristocrats.

This change on your part, Sire, would assure the return of the French who could no longer doubt that you had been misled; this is the wish of the Assembly which has no other concerns than those of the Motherland, the French Monarchy, the achievement of the Constitution and ensuring the happiness of the People. This, Gentlemen, is the only favourable method left that you have not already tried. You must therefore unite the executive and the legislative Powers, the King and the People; there must be no more intermediaries between these two Authorities. This is the principle of the Constitution, it must be your dearest wish: never will any mediation be so memorable and, at last, so worthy of the French Legislators. Those who no longer want a Monarchy and who, obviously, tend towards a Republic see the behaviour of the King as a hostile act that should not go unpunished; I wonder if the events of October 6th were not also hostilities and whether people cried out in equal measure when this affair was forgotten.

I repeat, Gentlemen, that the two opposing parties will resist mediation: one will lose the Benefices and the Bishoprics that they are still chasing – one might as well say to them and hogs may fly; the other, who has only just gained any advantage through its patriotism is afraid of losing it today and so detests anything that resembles Monarchy. Thus, do passion and personal interests endlessly undermine the public good; this is how one pretends, loyally, to serve one's country. When I consider where true patriotism exists. Alas! I can find it only in the hands of the Poor, the indigent, whom the seditious have been unable to unite or corrupt. I cry out, like Molière, this, then, is where virtue dwells? Yes, Gentlemen, real patriotism only exists amongst

the good folk, they who carry the burden of their poverty, of their hardship, with steadfastness; they have faith in you and say: we suffer but the Legislators of France promise us happier times, happier times! Ah, Gentlemen, I am not afraid, yet I worry about hazarding an opinion, even one which confronts the wicked; if only I could inspire them to share my disinterestedness and my love of order! Then, in no time, there would be only one opinion; it would restore, I audaciously hope, all the fugitives to their homes; they would no longer carry all their luxury and wealth to foreign parts but, recalled by a general amnesty, they would give themselves up to reason and philosophy, to Nature in fact. But, Gentlemen, if you are obliged to name a Regent, and that his right ... great God what Regent! ... I can say no more ...

Making the National Assembly suspect in the minds of the People was all that was needed to upset the Kingdom; this absurd list of seduced Deputies that they dare peddle all over Paris shows the names of the most ardent Patriots and is an obvious first step towards dissolution. Lameth, Chapelier, Barnave, Rabaud [sic] de Saint-Etienne, etc., are now the butt of the People's fury. Eh! In what country will enlightened men dare take up the noble defence of the People if they see the French example! And this People, led astray in their judgement, have no idea who set them off. Execrable Palais-Royal, may the disenchanted People one day reduce you to ashes! You will not escape its revenge. You make them ungrateful, unjust towards those who support them, you justify the opinions of the Aristocrats [who think] that the People are born to be in chains, but it will not be: they will be free and just. If they were ever to fall under your rule the heaviest irons would be their share, it is a given. So you want to spark a civil war at home, how can we parry the one abroad? Here is the brigands' plot. Eh! The blood of the People, used to fulfil their guilty designs, would redden the whole of France. French People, recognise the voice of truth, I have used up all my money on your behalf and the difficult position I am in is a sure guarantee that I have remained uncorrupted.

They talk of a feeble King, of a King lacking in character. At least he only made one false move and his virtues are well known; I do not want to make any comparisons; the proof is apparent to all. If you name a Regent who is worthy of the public's esteem you will have been consistent in your principles: let the factious of either party blame or endorse me, such is my opinion. We are dealing with your Constitution not a Republic: no more King, no more Constitution, and then we fall back into chaos, into the dark of new abuses, of anarchy without end, of a Government without principles, without basis and fanatics dictating laws in the streets and public parks. I can see already the frenzied pen-pushers distributing amongst themselves the appointments and the debris of the French Monarchy; France will not be like Poland, a cake shared out by Kings, but a cake shared by the vilest Citizens. Yet, if I saw the question discussed with decency and wisdom, if I felt there reigned a feeling of genuine disinterestedness then, more than anyone, I would ask for a Republic for I was born with a genuinely republican character. However, in general, the spirit of the French Government demands a Monarchy, to destroy this spirit would ruin the Kingdom and the Citizens. This is what my limited knowledge has led me to believe, as opposed to my partiality, which I have surrendered for the good of my Motherland; if I could leave I would go to Switzerland; I would go and live in a place where man is equal and perfectly tranquil but the ties of nature bind me to my home where I never find man as he should be or as you have depicted him according to the principles of the new Constitution. This Constitution is now in danger. What! Can such a precious work, a source of enlightenment that became the guiding light of the world, snuff itself out lighting the torches of discord? No, Gentlemen, such a masterpiece must never perish.

Despotism, through these Republican and Regency Parties, still dangles its bait in front of you: beware of everything, listen only to the voice of your own consciences, show an attentive and astonished Europe, through your unshakeable strength, that the Representatives of a Nation that will forever be a model to all Peoples have been able to simultaneously disarm the thunder of the destructive Parties. Give back to the Monarch his Crown plus his freedom and force the

tyrants and despots to recognise that the true foundation of the Motherland cannot originate among their flatterers and their assassins.

It is with these beliefs, Gentlemen, that a woman dares rise up to your level; I will say more, I disapprove of your Committees' projects, undoubtedly they would be useful if the Constitution were to be achieved, but can they guarantee that it will exist in six months? You are throwing all of France into a dreadful state of indecision. Will the King approve of the Constitution or will he not? Must he be left in prison for the time being, turning all of Europe against our true principles? A party must be chosen and the fate of the King decided. These are the conclusions I have reached, drawn from public opinion. As for business, it is still in a deplorable state: commerce, recently revived, has experienced yet another setback, payments are no longer forthcoming; dishonest men profit from these circumstances and honest men become scoundrels; the Tribunals are without energy and the Magistrates are even more susceptible to bribery than under the *Ancien Régime*. Three anecdotes, worthy of inclusion, have been brought to my attention. An individual places a deposit into the hands of a man respected for his probity; the person wishes to retrieve their deposit, the custodian pretends to have invested the money and maintains, to the depositor, that he has no right to his own funds; a Justice of the Peace is sought who pronounces against the depositor; the custodian leaves the next day taking with him the original deposit; however the Society is still there, can it not be forced to pay back this debt of honour? The second and the third are more interesting although on another subject and merit being broadcast publicly. The first gave me an idea for a Play in five acts, entitled *The Divorce*, that I envisaged for the Italian Theatre where I have been registered for a reading for three months but I was waiting for the result of the Decree; despite its delay I will nonetheless perform my play.

A young woman and a young man were brought up together; since childhood they had felt a tenderness towards each other that age had only strengthened making any parental attempts to separate the two hearts that Nature intended for each other quite useless.

The young woman was orphaned at fifteen so the young man eloped with her and they went to live in a place where hearts were free from persecution. They had several children then poverty obliged the young man to return to France where he threw himself at his father's feet along with his companion and their children. This inexorable father, sure of his powers under the *Ancien Régime*, dictated his terms, made the unfortunate young woman endorse them so that she was obliged, herself, to beg her lover to marry a rich heiress chosen by his parent. He told her that her children's welfare depended upon this sacrifice. She obeyed and here is what resulted: she retired to a humble hamlet with a small pension from the father; the unhappy young man, doubly forced by nature, united himself to the woman his father had given him. He swore to be a blameless husband and he kept his word; but his wife, born with lascivious passions, took less than six months to show him how foolish he had been to separate himself from a most estimable woman. Despite pointing out to her the virtues of decency and good manners, and the dangers of prejudice, she became even more disorderly; by going as far as to give herself to her valets she led her husband to part with her, but only in private. She became pregnant: the husband, convinced that the child was not his due to the length of their separation, spoke to her philosophically a few days before the birth: 'Madame, everyone knows our intimacy is ending, you yourself know how things stand between us. I am fair, let us at least be reasonable with each other; you were not able to hide your tendencies and you were aware of my liaison before we met. I had children with the most respectable woman, I was born to be with her: I lament her fate. Soon you will be a mother; let us agree to use our fortune well so that our children are not victimised by our mistakes. I am richer than you; let us divide our wealth equally by signing a contract before a lawyer that will state this august truth'.

This thoughtful intervention should have disarmed the ambitious and culpable woman but the answer she gave her husband was so outrageous that his rationality could not keep him from falling ill; the violence of his emotions gave rise to pneumonia, and three days later, without ever regaining his senses, he was in his tomb. The unreasonable father was also dead. There was no more hope for the unfortunate victim and her two unhappy children, still of this world with two legitimate offspring while the legitimate spouse gave birth to a bastard successor. Such is marriage with its appalling prejudices; I would treat it with care! Under the new order, the companion consulted a Justice of the Peace who cruelly sent her back to the Law. Who will take up the case of this unfortunate woman? An entire people, I hope.

Here is the third, more recent, anecdote of the same type but much worse for it characterises at one and the same time the bad faith and the dishonesty of a man who has long hidden behind the mask of probity: the present circumstances have unmasked him. This man, I will not name him, is in charge of a business, he had the ear of the ministerial Committees under the *Ancien Régime* and the so-called patriots of the new: he will read these words and if he does not take the wisest and fairest course to halt this situation then I will not spare him. I hate villains and men of little faith, especially when they abuse the public goodwill. This man is an old bachelor, fifty-five or fifty-six years old. He was forty when he met a young eighteen-year-old widow who had been sacrificed to a man she loathed. The marriage was not a happy one and the widow was soon comforted with regard to the loss of her husband. Nature had blessed her with many advantages but had deprived her of any means. Whatever treasures were offered to her, only tender sentiments could seduce her heart; she conceived violent feelings for the man I have mentioned, she was equal to him in birth if a respectable family counts for anything, but she fled from hymen and anything that resembled conjugal ties. She therefore lived quietly, full of great reserve and decency, with this man as with a husband when in private, or as a gentleman when in public.

She became a mother; this man was wealthy, he felt authorised to guarantee his child an income, payable to the mother. This liaison was ruptured and renewed several times. It lasted about seventeen years. A second infant led the man to create new measures for the mother and child ensuring their long-term security. He agreed to buy assets or to advantageously invest forty thousand francs and to deliver the invested funds at a fixed time. This time arrived during the Revolution. The woman had committed herself, entirely confident that she could count on the validity of these titles, on her rights and on the conscience and feelings of the one in whom she had put her trust. She now sees herself in danger of being totally bankrupted and, at present, the unkind man is putting forward objections that he would not have dared cite during the *Ancien Régime* although this kind of agreement was condemned by its iniquitous laws. The way in which he created his bond would thus have been held against him; would the facts, in truth, not condemn him today to an eternal opprobrium? At a time when Nature has reclaimed all her rights, at a time when philosophy guides mankind, what is this infamous man doing? Abusing the decency and sensitivity of this woman, who from a dread of discrimination, fears making herself known, he takes receipts for granted, falsifies them in such a gross manner that even the least clairvoyant sees the swindle. They go in front of a Justice of the Peace and at the present time the affair is in his hands. This Justice of the Peace is a perfectly honest man, or is he? I cannot yet rightly say. He is a friend of the dishonest man and the, supposed, advice that he has given him is not that of a Justice of the Peace. If this affair is heard in public I will think better of the Magistrate, however for now it would be imprudent to vouch an opinion. But I have bad presentiments regarding all these Justices of the Peace, I can see a partiality that may create many more unhappy people than that which made Themis blush.

Gentlemen, here is a digression longer than I had promised myself on the important question that concerns you at the moment. I will write a new but more amusing version for one must always end in the style of the French spirit. Women want to amount to something and whatever

the effeminate men may say, when courage and energy are required, these men will not be in the lead: the revolution guarantees it and these anecdotes that I have placed in front of your eyes, which will affect your hearts even more, only show you how much more there is to do to help this wretched sex. You would put this work off until there is a new Legislature even though women contributed as much as you to the revolution: they were not disdained then, they were admitted to the Citizenry when the walls of the Bastille crumbled. It is on these ruins that I want to go and form a legion of women and show them the path to glory, telling them that men have only left us shameful ways to pursue a living, risking our honour and our vulnerability, while they can pursue great careers that are only open to them. It is an absurd prejudice; from it comes all the vice and corruption of Society and Government! A well-born woman without a fortune, I consider a well-born woman to be one who is blessed with a virtuous soul and heart and a well brought-up woman to be one who has received a good education, is deceived by a villain and dishonoured; if she has children by him she finds herself fighting for them, pathetic victims of fate and prejudice. Those creatures that prostitute themselves at a discount of a third or a quarter are more respected than you are [she is?]? In the minds of thoughtless men you are [she is?] often considered to be the same as these terrible examples. But, Gentlemen, I have said enough for what is only an inconsequential paper; I will soon present you with my piece on the matter entitled *The Women's Friend*. Meanwhile, here is my project for a National Guard: a project that I have already shown, in manuscript, to several Members of the Assembly, to the Jacobin Club and to the Fraternal Society on the very day the news came that the King had been arrested. At the same time, I present you with a copy of *Mirabeau aux Champs Elysées*, as I have of all my other works. If unkind people say I have ruined myself for a puff of smoke, for a National Assembly that will never give me any credit, then the recompense is already in my heart; I have worked for the Motherland and maybe posterity will be grateful to me.

PROJECT addressed to the national assembly the day the King was Arrested

GENTLEMEN

Europe is watching you, may it also observe your women. The departure of the King which should have lit the torch of discord everywhere has, by a miraculous effect, changed the fury and frivolity of the French people into wisdom; a moderation that no People has ever seen before, one that will immortalize us for the most far-off centuries.

Let the return of this fugitive King unify beliefs and encourage harmony; through one of your wise Decrees let the People know that they may once again respect this Prince who is either perfidious or deceived. Hasten to pronounce, as French Legislators, on the judgement that must render to the State its splendour and its tranquillity, and which will impress, by its wisdom, our enemies and those abroad.

It is nonetheless vital to change the Queen's Household, to totally renew it like the rest of the Kingdom.

This observation is all the more important when it is no longer possible to leave her with the same entourage as before; those pre-revolutionary Duchesses, Princesses, Marchionesses, etc., this class of women enslaved by their outdated prejudices must be replaced by active female Citizens, zealous in their defence of the Motherland, whose rank will only depend on merit and patriotism. I alone can exempt myself for I do not have a personality suited to the Court. Doubtless it is still necessary for the wellbeing of this ill-advised Queen that she should have around her only women who are able to help her recognise harm and who can advise her on the means of recovering the love of the People. Like 'Belle et Bonne', adopted by the original genius who established philosophy in France, I am instructed to attach to this project the plan for a

National Guard of women created to keep watch over the Queen, over Madame Royale, Madame and Madame Elizabeth; clearly it is not intended that they should mount guard outdoors, but inside, in the apartments as well as accompanying them at all times. Fear not, Gentlemen: if you settle such marks of esteem and trust, as befit the enlightened Legislators who make up the august French Senate, upon these women, they will not let you down. On our heads be it if the Queen were to disappear again, or to form any plot whatsoever without it being discovered. All my sex will be our guarantors. But even more importantly the Queen will be respected and treated as a Sovereign. Our only vengeance will be to seek every method to distract her and oblige her to respect, love and admire all that is French.

The circumstances allow all Citizens of any rank, of any age, of either sex, to fly to the defence of the Motherland.

Women may well have contributed the most to the Revolution that guarantees us a Constitution to regenerate the Kingdom and ensure the happiness of all: would it then be so misplaced if they were to contribute more and safeguard the future of France? All is possible in this century of enlightenment and philosophy.

Gentlemen, time will not allow me to develop the mass of ideas that I could submit to your wisdom on the capacity, the strength and the courage of all my sex.

In the name of this sensitive sex, once frivolous now crucial, I ask you, Gentlemen, that their names be inscribed in the Revolution; that one day your wives, sisters and daughters can be proud to bear the glorious title of French women and that these modern Amazons can, today, recreate the fabulous history of their earlier sisters in more noble circumstances.

We will not allow ourselves to compete with you in politics or business affairs; our only goal is to be useful. Women today are mingling in the public Assemblies and in the Clubs; they are deserting their homes, they must be encouraged back to them by a noble challenge: women are always more susceptible to points of honour when inspired by glory.

Gentlemen, the illegal incendiary clamour and the bloodthirsty menaces that you hear fill you with indignation: the safety of the Queen is essential to hold back our enemies and the foreign Powers; to stain us with a heinous crime would be to lose the fruits of all your noble work and would cover the French People with an eternal opprobrium. There will be an outcry against this plan and what good will it do the Motherland? I will reply, if Royal-Phlegm and Royal-Bonbon are useless, Royal-Cackle will be even more so, especially when he will have sworn not to speak when under arms. This joke may upset my project but I prefer to make it myself than leave it to my critics; anyway, I want to cheer up bilious spirits: I want to show that the divisive plans of ruthless men, based on ideas of civil war, are no better than a moment of fun, and that if the French lose sight of their amiable urbanity they will lose, philosophically speaking, their happiness and their hope.

BY MADAME DE GOUGES

ANNEX 7: Le bon sens du français

Do you want to destroy pride, or do you want to nurture it?

Do you want to encourage men to respect natural law, or to violate it?

Do you want to establish love and harmony within families, or allow fear and mistrust to reign?

Do you want to develop good behaviour, or do you want to accommodate corruption?

Do you want, in a word, to do good or to propagate harm; create happiness or ensure that the misery of the present generation endures?

If you want to do good, then make haste. Before you became our representatives, the Nation invoked a law. It had been codified; the first contract, the most important of contracts that binds the human race had to be regulated according to the Constitution's plan.

It takes only a single explanatory decree to quash cupidity, selfishness and arrogance and to implant equality, liberty, gentle security and equity in our sanctuaries.

Oh Legislators, you are being led astray! It is criminal to entertain the thought of delay for justice and humanity are violated every day.

Do not listen to the objections of the church or those of jurisprudence.

The people have abandoned their prejudices; they are enlightened by the Constitution and by philosophy. They beg for a decree, a single decree that will reduce to dust the shameful vestiges of our ancient customs and halt the lawyers, preventing them from blocking the majestic simplicity of the constitutional act with barbarous outdated laws; a decree that makes it clear that equality exists between husbands and wives just as it does between all French individuals; that ensures the security of everyone's property; that allows them to separate under the guidance of family tribunals and that will guarantee to arbitrate according to the lights of reason, and only reason, and to take care of the interests of children and the division of assets.

Persuade the tribunals, as soon as possible, to understand what the people understand. Finally denounce the anathema of all feudalism, of all usurpation of property, and of all types of servitude; then a race of proud and totally invincible people soon will arise from the bosom of liberty and equality.

By a Woman Citizen